

## Onetti vuelve al país

*Dorotea Muhr*

Señor Secretario de la Presidencia de la República,  
Señora Subdirectora de la Biblioteca Nacional,  
Queridos amigos:

Siempre que evoco a Juan en público, oigo su voz, cariñosamente burlona, protestando: “¿Otra vez con Onetti?”. Los manuscritos que hoy voy a entregar a la Biblioteca Nacional me han acompañado durante toda mi vida con Juan, mientras él iba creando su obra, y en los últimos años su importancia ha crecido al simbolizar su presencia.

He tomado esta decisión después de pensarlo mucho porque estoy convencida de que esta entrega al Uruguay cumple de la manera más auténtica su deseo de volver a su país.

Me entristece pensar en los misteriosos cuadernos de las primeras obras, *El pozo* (escrito dos veces), *Tierra de nadie*, *Para esta noche*, *La vida breve* y *Los adioses*, que seguramente Juan, como era su costumbre, rompió y tiró al canasto.

Como todos los escritores apasionados, Juan vivía soñando despierto. Hasta cuando dormía, luego de una noche agitada, me preguntaba: “¿Dije algo anoche?” y si yo no recordaba, se lamentaba: “¡Qué lástima! Era un cuento perfecto”.

Insistía en que sus personajes eran mucho más reales que la gente que lo rodeaba y yo escribía en mis cartas a mamá: “Me siento como un condenado fantasma”.

Koestler cuenta que una vez un escritor, amigo suyo, viajaba de pie en un tranvía de Budapest mirando fijamente al vacío. El guarda lo condujo, siempre ausente, a un asiento que le cedió una señorita. Al sentarse, notó que los pasajeros lo miraban con lástima, de modo que, incómodo, se puso a leer el diario. Muy enojado, el guarda lo hizo levantarse. Pensaban que era ciego.

Juan tenía esa mirada soñadora. “Estás noveleando” yo le decía. Respondiendo a una entrevistadora, Juan confesó: “Los momentos más felices de mi vida fueron las noches de los viernes cuando cuidaba a mi hijita Litty y escribía hasta la madrugada.”

Cuando creaba muy intensamente, buscando un poco de descanso, me pedía que le escondiera su libreta, pero entonces hacía anotaciones en papelitos difíciles de ordenar.

En las mañanas, después de haber escrito toda la noche, me anunciaba

triunfante: "Hay mucho para pasar a máquina" y, si me quejaba de tener los dedos gastados, me retrucaba: "Mme. Tolstoi copió a mano *La guerra y la paz* siete veces, y tenía setecientas mil palabras".

Si me sorprendía bostezando cuando leía uno de sus textos me amenazaba: "Ajá, así que Onetti te aburre".

Una vez en Madrid cuando yo volvía de una excursión con su tan querida hermana Raquel (Juan decía: "Raquel es más que una persona, es un monumento a la bondad"), nos encontramos con un cartel que decía: "No molestar, genio trabajando".

Ese era el Juan escritor que dibujaba cada letra con sensual lentitud. El "Onetti", que representaba al escritor formal, le molestaba, pertenecía al mundo de las entrevistas, de las temidas conferencias, de los contratos preocupantes.

Dos años antes de morir, Juan tuvo una pesadilla que mostraba perfectamente su cansancio de ser ese "Onetti". En el sueño, paseaba por Lisboa con su amigo Menchi Sabat, que le insistía acerca de lo imprescindible de firmar un contrato, pero cuando Juan trató de leer el texto no había más que líneas en blanco. Menchi le volvía a aconsejar de la urgencia de encontrarse con un reportero en tal café, en tal otro. En esos cafés no había nadie. Hasta que se despertó, posiblemente maldiciendo al pobre Menchi.

Juan huía del papel del escritor formal con bromas. Sus dedicatorias con horrores de ortografía, eran cariñosas burlas. Hortensia tiene una variada colección e Idea se quejaba de que sus dedicatorias se escondían detrás de letras de tango.

Es un escritor que crea fanáticos o lectores que nunca lo comprendieron. Uno de estos fanáticos, un periodista que venía de entrevistar a un narcotraficante en Colombia, lo visitó. Juan le preguntó si no temía mezclar las respuestas y revelar que el autor preferido del narcotraficante era Proust y que Onetti negaba cualquier relación con las drogas.

En 1992 Godard lo visitó en Madrid. Vino de Ginebra expresamente para proponerle filmar "Jacob y el otro" dentro de un proyecto sobre la creación. Dijo que los personajes de Juan no eran ficción, eran reales y que los veía todos los días en la calle, de modo que necesitaba conocer al hombre que los había creado. Le dijo al irse: "Vous êtes un personnage". Por desgracia nunca se realizó, ya que Godard no era un cineasta comercial y en esa época carecía de recursos.

Juan celebraba que yo tuviese una vocación distinta a la suya. Esto no impedía que al hartarse de oír escalas y arpegios me sugería: "¿Por qué no grabas un disco con aplausos y bravos? Saludás y listo". O me sorprendía escuchando una versión de Menuhin de la sonata que estaba

estudiando. Y decía: “El hijo de perra toca mejor que vos, ¿verdad?”

Una noche, mientras yo estudiaba, abrió la puerta y, dirigiéndose hacia la salida con las manos en forma de garras imitando a los ratones del Flautista de Hamelin, preguntó: “¿Dónde está el río? No soporto más.” Pero cuando yo tenía un concurso me encendía una vela “porque solamente un milagro te salvará.” Gracias a mi persistencia trabajé gozosamente en orquestas de Montevideo y Madrid. También pude participar en la creación de la orquesta de cámara Flesch, de Jorge Risi, que luego llevó su enseñanza por todo el mundo.

Como todos saben, tuvimos que irnos del Uruguay en medio de una situación insostenible. En España, con el tiempo, Juan pudo reiniciar su obra a pesar de que le faltaba su atmósfera rioplatense.

Siempre sintió gratitud por el país que lo había acogido. Cuando le concedieron el premio Cervantes, en su discurso Juan dijo: “Llegué a España con la convicción de que lo había perdido todo, de que sólo había cosas que dejaba atrás y nada que me pudiera aguardar en el futuro. De hecho ya no me interesaba mi vida como escritor. Sin embargo, aquí estoy, unos cuantos años después, sobrevivido. Esta sobrevivida es lo primero que debo a los españoles. Estos años de regalo, en los cuales he vuelto a escribir con ganas, después de mucho tiempo de no hacerlo.”

Ahora yo quisiera expresar un deseo: el de que estos manuscritos en la Biblioteca Nacional sirvan para que los investigadores que se interesen puedan indagar en su obra.

Pese al pesimismo generalmente atribuido a Juan, él creía firmemente que el escritor, más allá de su voluntad, expresa el medio social en el que vive, por lo que tengo la convicción de que habría vivido con esperanza este momento del Uruguay.

Muchas gracias.